

CAPÍTULO II

CAYO MARIO Y LA REVOLUCION DE LOS ITÁLICOS

I. Situación de los optimates. Luchas tracio-célticas.—II: Guerra nómida. Yugurta. Guerra con Yugurta.—III. Metelo. Cayo Mario. Innovaciones introducidas en el ejército por Mario.—IV Sila. Muerte de Yugurta.—V. Victorias de los cimbrios y teutones en las Galias. Reforma de la táctica romana.—VI. Mario vence en Aqua Sextia. Derrota de los cimbrios en Verceles.—VII. Guerra de esclavos en Sicilia.—VIII. Sexto consulado (100) y demagogia de Mario. Decadencia del poder de Mario.—IX. Opinión pública y estado de cosas en Roma y en Italia. Las rogaciones de M. Livio Druso.—X. Matanza de Asculum. Sublevación de los itálicos contra Roma.—XI. Guerra de los aliados itálicos contra Roma. Guerra itálica.—XII. Concesiones hechas por los romanos a los itálicos. Dominación del levantamiento itálico.

I.—SITUACION DE LOS OPTIMATES. LUCHAS TRACIO-CÉLTICAS

La sangrienta victoria de los optimates fué completa: el primer acto importante de la decadencia de la República estaba consumado; el partido popular había perdido definitivamente la primera batalla. El pueblo romano, que hasta entonces se había mostrado tan dócil para levantarse, se presentaba ya indiferente y desdenoso, y en tales condiciones no había que esperar un futuro rejuvenecimiento del Estado, si este debía provenir de las masas de la gran ciudad. De nada sirvió a los populares que tan ignominiosamente habían abandonado a sus caudillos, el haber recobrado poco a poco lo que con Graco habían perdido, ni el comenzar a consagrar un recuerdo religioso a los hermanos Sempronios, que después fueron festejados como los primeros héroes de la democracia romana, ni el llevar en ofrenda al sitio en que habían perecido las primicias de los primeros frutos de la cosecha; y mucho menos la circunstancia de despertarse gradualmente un profundo odio contra Opimio. Entre tanto temblaba el demos de Roma bajo el férreo yugo de sus propias hechuras. Muchos años hubieron de trascurrir antes de que se formara poco a poco una nueva familia de caudillos democráticos, la cual, a pesar de todo y con una sola excepción, fué en carácter y en cualidades muy inferior a la de los Gracos.

Los optimates, por su parte, habían puesto nuevamente de manifiesto la superioridad de sus fuerzas, apareciendo esta, después de largos años de molición, en virtud de una suprema necesidad. Pero su siniestra victoria no les había reconciliado con la fortuna: cierto que en parte habían reconquistado su antigua supremacía, mas no hubo entre ellos ninguno que tuviera la noción ni la voluntad, ni siquiera el pensamiento de expiar, como era necesario, la sangre derramada con disposiciones saludables para el Estado. Bajo el punto de vista material, quedaba vencido el temible Sempronio y dominado el pueblo de la ciudad; en cambio nadie había atentado a los nuevos derechos de la aristocracia financiera. Como medio de dominación se apeló a la funesta distribución de cereales. No se trató de una reforma de la constitución, ni de reconstruir los diques contra la reaparición de una disoluta demagogia, ni de regular el poder soberano de los tribunos, cuyos peligros se habían tocado. Las más sanas ideas de Cayo Graco, tales como la unión de Italia y la romanización de las provincias, cayeron en olvido, y apenas se habló de sus grandes planes coloniales. La idea de construir una nueva ciudad en el emplazamiento que antes ocupara Cartago quedó aplazada hasta los últimos tiempos de César, por más que las tierras repartidas en África quedaron en poder de los nuevos poseedores. Solo subsistió, en el

territorio de Tarento, la pequeña colonia Neptunia, y la influencia de los mercaderes tendió a que se estableciera en la Galia la colonia Narbona. Las colonias proyectadas por Livio Druso fueron naturalmente dadas al olvido, sobreviviendo únicamente en el Brucio la pequeña Scylacium, hoy Squilace.

Por lo demás, el partido de los optimates, que a lo menos no emprendió al modo griego una completa reacción, procedió con astucia suma; y es muy probable que la acusación lanzada en 120 por el tribuno Q. Decio contra el cónsul Opimio por haber este abolido las leyes vigentes sin consentimiento del pueblo, fuese no un golpe de mano democrático, sino sugerida por el Senado, para sancionar por medio de un procedimiento jurídico la conducta del vencedor del año anterior y prevenir futuras acusaciones. El acusado, a quien no defendía más que el antiguo demócrata Papirio Carbon, entonces cónsul, consiguió ser absuelto libremente, siendo también rehabilitado Popilio Lena. Tratóse en seguida de destruir por completo las creaciones de Tiberio Graco, no considerando el partido gobernante que semejante destrucción no podía ser en manera alguna provechosa al Estado. Quizás había ya Druso contribuido a que se levantara la prohibición que impedía a los nuevos labradores vender las tierras que recientemente les habían sido adjudicadas, con lo cual se abrió otra vez el camino a los capitalistas y grandes propietarios para poder comprar nuevamente las haciendas últimamente creadas, de tal suerte que a los veinte años, es decir, en el año 100 de Jesucristo, un hombre de Estado, de ideas en cierto modo democráticas, pudo pronunciar la horrible frase de que entre todos los ciudadanos romanos, solo 2,000 familias poseían bienes inmuebles. Esto prueba que la oligarquía supo atender muy bien a sus propios intereses. En el año 119 el tribuno de la plebe, Spurio Thorio, por mandato del Senado, hizo dar un plebiscito por el cual se suprimió la comisión nombrada para proceder a las adjudicaciones de Graco, imponiéndose en cambio a los poseedores de bienes señoriales una fuerte contribución que se dispuso fuese distribuida entre el pueblo. Y mientras el Senado procuraba agrupar a los latinos y a los aliados itálicos, protegiéndoles en la posesión de la parte de bienes señoriales que les habían sido adjudicados, se promulgó en 111 una nueva ley que convertía en bienes privados, libres de cargas, todos los bienes de esta clase ocupados hasta entonces, que no excediesen de la medida legal; previniéndose también que en lo sucesivo, los bienes señoriales aun existentes y los nuevamente adquiridos no pudieran ser ocupados, sino simplemente arrendados o utilizados, dentro de ciertas limitaciones, como tierras de pastos.

Entre los optimates, la clase de los caballeros y el pueblo de la ciudad, es decir entre los tres factores de la política romana, que mutuamente se miraban de continuo con gran desconfianza, reinaba una excesiva frialdad. Nuevas agitaciones estallaron cuando con motivo de la política exterior apareció en la arena política un hombre, que contra su propia voluntad, venía llamado por la historia a ser el caudillo de los populares, de otro modo sin embargo que Cayo Graco, y a conmover también de otra manera los cimientos de la antigua República aristocrática. El período que siguió a la victoria de Opimio había producido una desconsoladora impresión, porque, por un lado, bajo la dominación de los severos optimates no había nadie que sobresaliera en cierto modo del término medio de la capacidad romana en los negocios civiles y militares, y por otro, la oligarquía ponía de manifiesto, sin contrapeso alguno, sus antiguas faltas, su desmedido egoísmo, su cinica venalidad y su insaciable ambición. Esto debía ser un gran peligro para ella desde el momento en que, también bajo el punto de vista militar, se mostrase inepta de un modo funesto para el honor y para la seguridad del Estado. Ya una vez se había manifestado patentemente su ineptitud. Los romanos no cumplieron por completo la misión que les estaba reservada, de proteger las extensas fronteras septentrionales, desde el lago de Ginebra hasta el Quersoneso tracio, contra los bárbaros celtas, retios é ilirios, pueblos de los Alpes; contra los celtas habitantes en las alturas del ángulo Noroeste de los Balkanes, y contra los tracios. La comarca del Norte del Po padeció mucho hasta la época de Augusto a causa de las rapiñas de los pueblos de los Alpes, que a su vez eran tratados de igual manera por los generales romanos, por más que nunca se viesen atacados bajo un plan general. Nadie pensaba en Roma en asegurar, por medio de un plan vasto, la frontera septentrional de Italia, como en tales circunstancias cualquier general de los antiguos tiempos hubiera hecho, conduciendo desde luego las legiones hasta el alto Danubio. Por el lado de la Tracia pocos combates tenían lugar por causa de fronteras; pero en cambio las cosas presentaban un aspecto más difícil por la parte de Iliria, donde las legiones debían maniobrar en parte desde Dalmacia y en parte desde los límites septentrionales de la Macedonia, y donde habitaban los enemigos más fuertes, los salvajes y sanguinarios celtas estordiscos, cuyo país se extendía por las comarcas hoy llamadas Servia y Bosnia, y cuya capital era Segestica ó Siscia, junto a la confluencia del Culpa y el Save.

Ya en 135, y mientras ocurrían las luchas con las tribus dálmatas, se había tentado desde Macedonia un ataque contra los estordiscos: después, en 129, el cónsul Tuditano, junto con Décimo Junio Bruto, había sometido a sus vecinos, los ilirios yapidios, mezclados con celtas, que habitaban los Alpes julianos, en Croacia, hasta Fiume y Zenng. Pero desde el año 119 los dálmatas y los estordiscos se habían levantado contra los romanos. En el trascurso de estas luchas en un principio favorables a los romanos, y durante las cuales (115) el cónsul M. Emilio Scauro pasó los Alpes orientales y entró en buenas relaciones con los tauriscos celtas que, fronterizos de la Yapidia, habitaban en Styria y Carintia, y cuya capital, Noreya, se alzaba junto a ricas minas de hierro y oro; en el trascurso de estas luchas, decimos, aconteció que en el año 114 el cónsul Cayo Porcio Caton, que invadió la comarca hoy llamada Servia, perdió todo su ejército a consecuencia de una desastrosa batalla. Sus sucesores, Marco Livio Druso (112 a 111), que llegó hasta el Danubio, y Marco Minucio tuvieron que hacer grandes esfuerzos para volver por el honor y la seguridad de los romanos, hasta que al fin Minucio consiguió derrotar de tal

manera a los estordiscos que desde entonces dejaron estos de ser un peligro para Roma.

II.—GUERRA NUMIDA. YUGURTA. GUERRA CON YUGURTA

Más para la situación interior de los optimates fueron terribles las guerras que sostuvieron por aquel mismo tiempo en Numidia y con los poderosos pueblos de origen germánico que en aquella ocasión aparecieron por vez primera en la historia. En Africa, desde la destrucción de Cartago, el gran reino nómida, con su fuerte y floreciente capital Cirta, ciudad en extremo poblada y frecuentemente visitada por los sicilios é italiotas, había adquirido extraordinaria importancia. Gobernaba en él, desde la muerte de Masinisa, el rey Micipsa, el cual, al subir al trono, ya por su avanzada edad, ya por sus inclinaciones literarias, encomendó la gestión de los negocios públicos al príncipe Yugurta, bastardo de su hermano Mastanabal. Yugurta, educado en la corte y criado como los hijos del rey todavía jóvenes, supo captarse desde luego por su belleza, por su habilidad y por su talento militar y administrativo, las simpatías del pueblo, y el favor de romanos poderosos, por su cooperación a la toma de Numancia. En tales circunstancias, tuvo Micipsa por conveniente adoptar en 120 a Yugurta, disponiendo en su testamento, que puso bajo la garantía del Senado, que el hijo adoptivo compartiera la soberanía con sus hijos legítimos Hiempsal y Adherbal. Pero a su muerte, acaecida en 118, surgieron rápidamente serios conflictos entre Yugurta y el orgulloso Hiempsal que odiaba en aquél al advenedizo. Quiso entonces repartir el reino geográficamente; pero en el trascurso de las negociaciones, Hiempsal pereció a manos de los asesinos enviados por Yugurta, y se encendió entonces una sangrienta guerra de sucesión entre éste y Adherbal. Pronto se decidió la victoria por el primero, debiendo el partido del segundo sufrir las terribles consecuencias de la lucha, y viéndose obligado Adherbal a dirigirse a Roma y a exponer su queja al Senado. Poco después se presentaron en Roma los emisarios de Yugurta que con el oro de su señor pretendieron comprar la amistad de los romanos. En efecto, el Senado pasando por alto la muerte de Hiempsal, dispuso que una comisión senatorial, en la que figuraba L. Opimio, dividiese el reino nómida. Los embajadores romanos supieron perfectamente armonizar los intereses de la política romana y los suyos particulares, adjudicando a Adherbal a Cirta y la mitad oriental del reino, que comprendía un buen número de ciudades, aunque también extensos eriales, y a Yugurta la mitad occidental que, con ser muy fértil, contenía pocas ciudades y estaba habitada por tribus guerreras.

Entonces aconteció lo que era de prever, dada la ambición sin límites de que estaba poseído Yugurta, y fué que éste, al cabo de poco tiempo, supo arreglar las cosas de tal manera que se hizo inevitable una guerra entre él y Adherbal. El rey de la Numidia oriental fué completamente derrotado en la comarca de Rusicade (hoy Philippeville), puerto de Cirta, viéndose obligado a encerrarse dentro de su capital, en donde los muchos itálicos que en ella se encontraban le prestaron poderosa ayuda contra el agresor. Pero en vano Adherbal pidió pronto socorro a los romanos: los presentes que oportunamente les había enviado Yugurta influyeron tanto en la mayoría de los optimates, que el Senado, en vez de intervenir con las armas, se contentó con enviar por segunda vez una embajada al Africa que no obtuvo de Yugurta concesión alguna. Después de un sitio de cuatro meses, el hambre quebrantó el valor de Adherbal y obligó a los itálicos, que confiaban en su situación como súbditos romanos, a entregarse; pero cuando capituló Cirta, Yugurta no solo hi-

zo asesinar á Adherbal, sino que (en 112) mandó dar muerte á todos los hombres de la ciudad, así á los habitantes itálicos como á los africanos.

Estos dos actos de crueldad produjeron en Roma y en Italia gran indignación. La mayoría de los optimates del Senado no quería ciertamente aplicar al atrevido y sanguinario rey africano un castigo severo; pero la tentativa de distraer la atención sobre este asunto y de aplazar la cosa hasta que se hubiera aplacado la primera cólera de la nación itálica, fracasó por una parte ante el furor de la aristocracia financiera romana, cuyos intereses se habían visto tan vulnerados en Cirta, y por otra ante la energía con que un joven y fogoso político, Cayo Memmio, designado en 111 para el tribunado, enardeció á la plebe y dió expresión y dirección al descontento público que en Roma reinaba en vista del sesgo que los asuntos del Africa iban tomando. Así fué que el Senado votó la guerra, y el cónsul elegido para el año 111, Lucio Calpurnio Bestia, conocido como ardiente oligarca y como excelente y enérgico militar, recibió el mando del ejército de Africa. Los romanos creían que la guerra de Numidia produciría pronto, fáciles y ricos resultados: todo el mundo suspiraba por noticias de victorias, pues todavía no se había olvidado la derrota que en la comarca de los estordiscos sufriera Porcio Caton, y ya, para mayor ignominia y peligro, también el cónsul Cneo Papirio Carbon había sido derrotado en 113 junto á Noreya por las hordas germánicas de los cimbrios, que al través de los Alpes caminaban con dirección al Oeste.

En un principio pareció que se realizaban cumplidamente las esperanzas de los romanos. Calpurnio hizo grandes aprestos para la lucha, y el cónsul Scauro, experto militar, que era entonces príncipe del Senado, y á quien se consideraba como el hombre mas importante de la nobleza, sirvió como legado á sus órdenes. La enérgica marcha del ejército romano por el curso del Bagradas animó á muchas ciudades de la comarca á declararse en su favor, y el mismo suegro de Yugurta, el rey Bocco de Mauritania, solicitó la amistad y la alianza de Roma. El tratado con este último no pudo llevarse á cabo; antes al contrario, Yugurta consiguió, con su liberalidad, que no solo el cónsul, sino Scauro, hasta entonces su enemigo y tenido en Roma por incorruptible, firmaran con él la paz. El rey se entregó nominalmente á discreción, pero conservó todo su reino, debiendo tan solo pagar una contribución de guerra y entregar á los romanos 30 elefantes y un cierto número de caballos y reses. La noticia del modo como había terminado la guerra nómida, produjo gran indignación en Roma; pues se consideró que ni se había dado satisfacción bastante al ultrajado honor romano ni á los intereses políticos del Estado, ni se había vengado debidamente la sangre itálica derramada en Cirta. Memmio, tribuno de la plebe, se hizo de nuevo el eco de la cólera popular, y exigió por fin del Senado que se llamara á Roma al rey de Numidia para pedirle cuentas acerca del tratado que se había llevado á cabo, y naturalmente acerca de la responsabilidad que eventualmente pudiera corresponder á los negociadores romanos. El rey, despues de haberse asegurado el salvo conducto, fué conducido á Roma por el pretor L. Carsio, hombre de rectitud universalmente reconocida. Cuando se presentó en la ciudad del Tíber, y el tribuno Memmio se preparaba á dirigirle delante del pueblo una serie de preguntas delicadas, otro tribuno, Cayo Bebio, que se había vendido á los amigos de Yugurta, fundado en razones que no conocemos, opuso su veto, y aconsejó al africano que no contestara. Así pudo contenerse por el momento el furor que en Roma se había despertado contra el rey y su tratado. Probablemente Yugurta hubiera podido también poner en seguridad la mayor parte del botín nómida, á no haberse come-

tido en Roma un nuevo atentado. El Senado no estaba muy dispuesto á ratificar el tratado de Calpurnio. Entre tanto, otro príncipe nómida, Masiva, hijo de Gulusa, protegido por algunos optimates, reclamó sus derechos sobre Numidia: Yugurta, ligera é impremeditadamente, mandó asesinarle y salvó á su cómplice Bomilcar, que había llevado á cabo el crimen, haciéndole huir precipitadamente de Italia. Esto colmó la medida de lo que hubiera podido permitirse. El Senado anuló el tratado, decidió la continuación de la guerra, expulsó de Italia al rey y envió en 110 á Numidia como general al cónsul Spurio Postumio Albino (1). Este, sin embargo, nada pudo conseguir: su ejército, como todos los que tenían los romanos en aquella época, estaba completamente indisciplinado: el afán de saqueo había hecho entre los soldados los mismos progresos que la venalidad entre los oficiales: de suerte que el nuevo general no obtuvo en su expedición resultado alguno, fuera que no pudiese vencer las dificultades, fuera que el filo de su espada se embotara en el oro de Yugurta. Despues, cuando á consecuencia de la insensata costumbre de los romanos, hubo de abandonar nuevamente el Africa para dirigir las próximas elecciones, y ceder el mando, durante su ausencia, á su hermano Aulo, el rey nómida ganó una gran batalla. El general interino de los romanos, tan inepto y temerario como ganoso de fama y de botín, se aventuró en pleno invierno (110 á 109) á tentar un ataque contra la fuerte ciudad de Suthul, que despues se llamó Calama y hoy Güelma, y en la cual se guardaban los tesoros de Yugurta. Este ataque fracasó en enero del año 109, y lo peor fué que Aulo dejóse atraer por Yugurta, que sostenía inteligencias con algunos traidores romanos, á un desierto en el cual los nómidas una noche sorprendieron el campamento romano, y al fin bloquearon completamente á Aulo y á su ejército. Aulo hubo de capitular: Yugurta impuso por condiciones el restablecimiento del tratado firmado con Calpurnio y la evacuación de Numidia dentro de diez dias, y fué además bastante loco para obligar á los vencidos á pasar ignominiosamente por debajo del yugo.

Con esto había dictado su propia sentencia de muerte: la nueva humillación fué tan grande para los romanos, que decidieron proseguir la guerra con inusitada energía y llevarla hasta la aniquilación personal del rey. El nuevo tratado fué rechazado en Roma. La oposición democrática había ganado ya tanto terreno que el enérgico tribuno de la plebe Cayo Mamilio Limetano pudo presentar una rogación, «para proceder á una información contra todos aquellos por cuya culpa Yugurta no había hecho caso alguno del mandato del Senado, y que, como embajadores ó generales, habían recibido sus presentes.» Entonces sucedió lo que acontecía siempre que se trataba de tales procesos criminales, en los cuales, por un lado, la pasión violenta, aunque justa, aprovechaba el momento oportuno, y por otro solo se trataba de apaciguar el furor de los adversarios sacrificándole algunas de las personas que eran objeto del mayor odio; en efecto, la información no fué amplia y pocas fueron las sentencias justas que se dictaron. Como al frente de los tres individuos que debían dirigir tales procesos se encontraba aquel Scauro, al principio tan famoso como incorruptible, y despues tan conocido por su venalidad, solo fueron condenados al destierro aquellos optimates á quienes por entonces mas odiaban los romanos, entre ellos L. Opimio, Calpurnio Bestia y Sp. Albino.

(1) Se ha hecho célebre una frase que se atribuye á Yugurta. Cuéntase que al salir de Roma se volvió á mirar á la ciudad y dijo: «Oh ciudad que no aguardas para venderte sino á encontrar comprador!» (N. del T.)

III.—METELO. CAYO MARIO. INNOVACIONES INTRODUCIDAS EN EL EJÉRCITO POR MARIO

Era necesario volver por el honor de las armas romanas, á cuyo efecto el Senado envió al Africa, como general en jefe, á uno de los mejores optimates. Era éste un nieto del conquistador de Macedonia, llamado Q. Cecilio Metelo, el cual no solo estaba exento de las malas cualidades tan comunes en su clase, sino que era considerado como excelente militar y buen gobernante. Metelo no titubeó en rodearse de expertos jefes; uno de estos fué el audaz Publio Rutilio Rufo, conocido despues como autor de una reforma de la táctica militar; otro fué el bravo Cayo Mario, hijo de un labrador, que en aquel tiempo estaba ya investido de la pretura. El primer cuidado de Metelo fué disciplinar de nuevo el ejército de Africa, ponerle en disposición de hacer la guerra y hacérselo completamente suyo; todo lo cual consiguió rápidamente con su severidad, que nunca rayó en bárbara dureza. Esta nueva guerra no era tarea fácil para Metelo: el clima, los terrenos incultos, la gran distancia á que se encontraba la comarca nómida, eran obstáculos poderosos, sobre todo no contando los romanos con aliados indígenas. Contra Roma se alzaba toda la Numidia; pues Yugurta, á quien los nómidas dispensaron fácilmente la muerte de sus hermanos adoptivos, se presentaba á sus ojos, desde la derrota de Aulo Albino, como el héroe nacional, y su odio contra los romanos se expresaba en su indisciplinado campamento, desde hacia algunos años, con las frases de furor mas violentas.

Metelo para llevar á cabo su plan que consistía en aniquilar personalmente á Yugurta, hombre dotado de toda la fuerza de resistencia que caracteriza al pueblo nómida, empleó no solo las armas, sino también todos los recursos de una nada noble diplomacia, é intentó repetidas veces pagar al rey nómida con su propia moneda. Cuando, á fines del verano del año 109, su ejército se encontró en aptitud para operar, y cuando Metelo comenzaba á marchar hácia Numidia, Yugurta que conocía la formalidad de los romanos procuró detenerle proponiéndole entrar en serias negociaciones. Metelo, sin embargo, que no tenía en él gran confianza, intentó persuadir á los emisarios nómidas de que le entregaran vivo ó muerto á su rey, y ocupó, en su movimiento de avance, la ciudad de Vaga, hoy Baygah, que se alzaba junto al río Tusca, en el camino de Utica á Hipo Regio. Cuando el rey conoció que los romanos con sus negociaciones querían tan solo engañarle, se decidió á oponer una resistencia desesperada y se situó en una posición cuidadosamente escogida, en la vertiente de una colina situada en una extensa y desierta llanura que se extendía al Este del río Muthul, ó Rubricato, hoy Seibouse, mientras su ejército se desplegaba desde una inculca montaña para llegar hasta este río. Gracias, sin embargo, á la excelente dirección de Metelo, de Mario y de Rutilio, y al valor de la infantería romana, los romanos, á pesar de no tener caballería ligera, consiguieron una victoria en toda la línea, ganando una reñida batalla en la cual Yugurta, con gran talento, había hecho uso de su caballería, y de sus elefantes. No obstante esta victoria y á pesar de haber quedado destruido el ejército nómida, Metelo creyó prudente no avanzar mas hácia el Oeste; dirigióse, por el contrario, á la parte Sudeste, es decir, á la provincia de Africa, y desde allí comenzó, á pesar de los ataques de la caballería del rey, á saquear con dos columnas la parte fértil del país en que se encontraba. Sin embargo, el ataque que intentaron los romanos contra la fuerte ciudad de Zama, enérgicamente defendida, no produjo ningún buen resultado.

No confiaba mucho Yugurta en su fuerza de resistencia, y

durante el invierno de 109 á 108, á pesar de ver á Metelo seguir su movimiento de retirada á la provincia de Africa, encargó á Bomilcar que procurara entablar con él negociaciones formales. Estas fueron conducidas por parte de los romanos con la misma perfidia que habían usado en las entabladas con Cartago. Se principió por aceptar la sumisión incondicional del rey y se le exigió la entrega de sus elefantes, de un gran número de caballos, de 200,000 libras de plata, de 300 rehenes y 3,000 desertores, mientras se estaba en tratos con Bomilcar, temeroso de ser castigado por el asesinato de Masiva, para que asesinará Yugurta, y se exigió, por último, que éste se entregara personalmente á Metelo. La mas primitiva prudencia había de impedir que el rey consintiera en tales condiciones; así es que rompió las negociaciones comenzadas, mandó dar muerte á Bomilcar, cuya traición había descubierto y al comenzar la primavera del año 108 reanudó la lucha con inusitada energía. Aun cuando durante las negociaciones había abandonado algunos de sus medios de guerra, ayudóle mucho la circunstancia de que cada vez era mayor el odio que su pueblo profesaba á los romanos. La ciudad de Vaga que había intentado asesinar á la guarnición que en ella tenían los romanos fué severamente castigada por Metelo. En tales circunstancias y á pesar de la energía de Metelo, la guerra nómida tomó peligrosas proporciones; sin embargo, una nueva victoria de los romanos les abrió el camino que debía conducirles á la parte meridional de la Numidia central. Cuando Metelo, despues de difíciles marchas al través de las estepas, llegó al oasis de Thala, llamado también Thelepte, junto al Husch-el-Cheme, en donde se encontraba entonces el rey de Numidia con sus hijos, sus tesoros y sus mejores tropas, no lejos del desierto, consiguió el romano, despues de un sitio de 40 dias, tomar por asalto la ciudad. Pero el rey, había conseguido fugarse, y los desesperados desertores romanos de dicha plaza perecieron, con la mayor parte del botín, envueltos en las ruinas de los edificios, á los cuales pegaron fuego, cuando vieron que todo estaba perdido. El infatigable Yugurta, cuya actividad en estos últimos años, nos recuerda al héroe nacional argelino de nuestro siglo, Abd-el-Kader, consiguió, no solo poner en movimiento á la salvaje tribu de los gétulos, que habitaban las estribaciones meridionales del Gran Atlas, sino también decidir á su suegro Bocco, rey de Mauritania, á tomar parte en la guerra contra los romanos. Al poco tiempo numerosas hordas de caballería, procedentes del Oeste, se arrojaron contra la capital nómida, Cirta, que sin saber cómo, aunque probablemente con ocasión de las negociaciones entabladas durante el invierno con Yugurta, había caído de nuevo en poder de los romanos. Metelo había levantado en este punto un campamento fortificado, que ponía á cubierto de un ataque la capital de Numidia y el resto de los territorios del Este. Sin embargo, no quiso, á ejemplo de la mayoría de los generales romanos, librar una gran batalla en la posición en que se encontraba, porque sabía que el pueblo romano había confiado á otro oficial la continuación de la guerra, y prefirió dejar entre tanto las operaciones en el estado en que se hallaban, abriendo con Bocco negociaciones para inducirle á abandonar la alianza nómida.

El nuevo general en jefe, fué precisamente Cayo Mario, cuya aparición en la historia significaba el comienzo de una nueva época de la revolución romana. Nacido en el año 156 en la aldea de Cercete (Arpinum), hijo de un pobre labrador, había crecido en la mayor sencillez y carecía de la esmerada educación á la par que de la corrupción que caracterizaban á los habitantes de la capital: inteligente y bravo, con todos los errores y preocupaciones de la gente de su clase, era un ejemplo vivo de los antiguos plebeyos ro-